

Las perversas pasiones del Unicornio

Laura González Flores

Había un hombre que tenía como pasión imaginar. Y no sólo eso: además de imaginar, es decir, de materializar las representaciones visuales de sus ojos y su mente, su ocupación principal era la de imaginar *cómo* imaginar. Por ello, dedicaba una gran parte de su tiempo haciendo variados y complejos experimentos con sustancias y soportes diversos para resolver de forma diversa el arte de dar forma y sustancia a las imágenes. Siguiendo las investigaciones de magos y alquimistas de otros tiempos y sustituyendo los materiales descritos en sus tratados por otros accesibles hoy, nuestro protagonista dio con soluciones alternativas para resolver, utilizando una caja mágica, el enigma de la aprehensión de las imágenes.

Así encontró que la resina de Baltur podía sustituirse por el pegamento común, el Cristal iridiscente de Androstian por película fotográfica de cualquier marca, la arcilla naranja de Livandria por bicromato de amonio o potasio, los polvos de Taltor por gelatina en polvo incolora del súper y el cuerno de Unicornio por un alfiler común.

En la pasión por el estudio y materialización de la imaginación, antecedieron a nuestro protagonista —el artista y fotógrafo Carlos Jurado— otros filósofos, alquimistas, inventores, magos y visionarios como Aristóteles, Zóximo el Panoplita, el mago Merlín y su hermana Fata Morgana, el chino Tzing Ching Pung, Abdel Kamir, Leonardo, el jesuita Athanasius Kircher y, en nuestro país, el cohetero e inventor de Ciudad Real, hoy San Cristóbal de las Casas, don Enrique Martínez, quien en 1805 y antes que los conocidos y oficiales inventores de la fotografía —Niépce, Daguerre, Fox Talbot y Bayard— consiguió fijar transitoriamente las imágenes obtenidas por la cámara oscura. De los conocimientos especializadísimos y hasta herméticos de estos personajes (unos reales y otros de existencia imaginaria o mitológica) nuestro protagonista aprovechó, sobre todo, los del alquimista Adojuhr, quien vivió en Sevilla durante el reinado de Abbad II, en el siglo XI, y quien hasta donde tenemos noticia, fue el primero en combinar la caja mágica con una emulsión sensible para producir imágenes. Gracias al orificio perforado por el cuerno de Unicornio pueden “hacerse pasar [a la caja], comprimiendo su esencia, toda clase de personas objetos y lugares mismos que deberán ser guardados cuidadosamente y [...] donde permanecerán por la eternidad, para ser sacados cuando alguien los necesite”.



Carlos Jurado, *Naturaleza muerta con barquito*, 1998. Col. del autor



Carlos Jurado, *Naturaleza muerta*, 1998. Col. del autor

Los secretos del *Tratado mágico de la aprehensión de las imágenes* de Adojuhr, epigrama y áltrege medieval imaginario de Jurado, fueron revelados y publicados por éste a principios de los años setenta con el fin de contrarrestar “el robo y comercialización de esta técnica por las hordas de bárbaros que [después del tiempo de Adojuhr] asolaron el mundo y que hoy se encuentran establecidos en el norte”. “Hoy”, dice Jurado en 1973, “esta técnica se encuentra totalmente degenerada y se conoce con el nombre de *fotografía*”. Por eso hoy, ya en pleno siglo XXI, Jurado continúa realizando experimentos con materiales no convencionales para imprimir a sus imágenes la magia de las antiguas: más en el espíritu de Daguerre, Niépce, Fox Talbot y los hermanos Lumière, que en el de la fotografía de fines del siglo XX; su recuperación creativa de los procesos antiguos propone hacer aparecer —y ver— *lentamente* la imagen. Nada de conceptos sofisticados, de anécdotas visuales, de retruécanos mentales: sus simples composiciones con objetos, paisajes o personajes comunes remiten tanto a la experiencia anodina de nuestro entorno cotidiano como a los esquemas clásicos del bodegón o el paisaje. Y, sin embargo, son visiones poderosas porque precisamente son *imágenes*: dobles de los entes reales, mágicamente captados gracias a la alianza de la luz y la alquimia, frágiles quimeras que nos recuerdan la urgencia y evanescencia de toda existencia. Hijas naturales de una imaginación y aliadas de la sensibilidad

estética, las imágenes de las cajas mágicas de Jurado nos fuerzan a desprezear nuestra capacidad de ver y sentir; sólo perdiendo tiempo y perdiéndonos en las manchas sobre el papel podemos captar su sentido. Eso sucede con las imágenes del “adicromo” inventado por Jurado que recrean, con modos y materiales contemporáneos, el proceso del autocromo inventado por los hermanos Lumière hace cien años.

Sustituyendo la placa de cristal por una película fotográfica en blanco, nuestro alquimista contemporáneo produce una pantalla de separación tricromática con minúsculos granos de fécula de papa laboriosamente teñidos de azul, rojo y verde (con tintes de comida) que después muele y pasa por un cedazo finísimo. Esta pantalla sirve para colocarse en registro sobre una placa fotográfica pancromática que posteriormente servirá como negativo de contacto sobre papel fotográfico de color. A diferencia de los autocromos de los hermanos Lumière, los “adicromos” de Jurado son copias positivas y no transparencias, lo que facilita por un lado su visualización y, por otro, su reproducción.

En sus series de “adicromo”, Carlos Jurado continúa con los temas y formas de sus trabajos anteriores, como los expuestos en el Museo de Charleroi en la exposición *Raison/Derision*: una serie de naturalezas muertas y de paisajes urbanos desde azoteas, algunas con una calaverita de papel maché que se cuele en la imagen. De los paisajes no deja de fascinarnos



Carlos Jurado, *Sin título*, 2004. Col. del autor

aquel que representa el lago de Chapultepec, más parecido a un paisaje del siglo XIX, reconocemos en el fondo del fondo arbolado de la primera imagen (tomada en los setentas) el incipiente crecimiento urbano de esa parte de la ciudad, mientras que en la segunda imagen (tomada el año pasado), confirmamos la imparable transformación de nuestra ciudad por la irrupción de un perfil constituido por gigantes edificios.

En su homenaje al autocromo, técnica que este año cumple cien años de haber sido inventada, las imágenes de *Autocromo/Adicromo* cumplen satisfactoriamente con su propósito de rememorar y reflexionar en torno a una técnica histórica con un valor expresivo específico. A diferencia de otros trabajos en que el uso de la técnica antigua resulta superflua u ornamental, en estas obras hay una perfecta justificación del uso de un proceso antiguo por razones expresivas: sólo se puede decir lo que se dice de esa forma y no otra. Los modos de imaginar son adecuados a las imágenes.

A treinta años de distancia, la pasión del hombre obsesionado en imaginar ha resultado en otras pasiones: la de experimentar cómo imaginar y la de transmitir su conocimiento imaginario a otros. Pues, ¿qué es del conocimiento si no se transmite? ¿Qué de la sensibilidad, si no se comparte? ¿Qué pasa con la pasión, si no se contagia? Este rico pasatiempo de imaginar, alejado por voluntad propia de la carrera comercial del arte (Jurado se ha negado siempre a vender sus obras), ha constituido una línea alternativa de la enseñanza y del ejercicio de la fotografía en nuestro país. Una corriente que ejerce la fotografía desde el arte y que complementa y completa la historia oficial de la fotografía mexicana, dominada por la corriente documental o reducida, en su parte artística, a la figura de Manuel Álvarez Bravo.